

y Metelo, enviándoles al efecto embajadores; y de los que quedaron, se puso al frente Perpena con resolución de tentar alguna empresa. Valióse de las disposiciones que Sertorio tenia tomadas; pero no fue mas que para desacreditarse, y hacer ver que no era para mandar ni para ser mandado; pues que habiendo acometido á Pompeyo, fue en el momento derrotado por este; y quedando prisionero, ni siquiera supo llevar el último infortunio como á un General correspondia; sino que habiendo quedado dueño de la correspondencia de Sertorio, ofreció á Pompeyo mostrarle cartas originales de varones consulares y de otros personajes de gran poder en Roma, que llamaban á Sertorio á la Italia, con deseo de trastornar el orden existente, y mudar el gobierno; pero Pompeyo se condujo en esta ocasion, no como un joven, sino como un hombre de prudencia consumada, libertando á Roma de grandes sustos y calamidades. Porque recogiendo todas aquellas cartas y escritos de Sertorio, los quemó todos, sin leerlos, ni dejar que otro los leyera; y á Perpena le quitó al instante la vida, por temor de que no se esparcieran aquellos nombres entre algunos, y se suscitaran sediciones y alborotos. De los que conjuraron con Perpena, unos fueron traídos ante Pompeyo, y perdieron la vida; y otros, habiendo huido al Africa, fueron asaeteados por los Mauritanos. Ninguno escapó sino Aufidio, el rival en amores de Manio; el cual, ó porque se escondió, ó porque no se hizo cuenta de él, mendigo y odiado de todos, llegó á hacerse viejo en un aduar de los bárbaros.

Del padre de Eumenes Cardiano dice Duris haber sido por su pobreza carretero en el Quersoneso; sin embargo de lo cual habia recibido el hijo una honesta educacion, asi en las letras, como en los ejercicios de la palestra; y que siendo todavía muchacho, Filipo, que iba de viage, y se detuvo algun tiempo, concurrió á ver los entretenimientos de los niños cardianos y las luchas de los mozos; y como entre estos se distinguiese Eumenes, dando muestras de ser activo y valiente, agradándose de él, se le llevó consigo. Parece no obstante estar mas en lo cierto los que atribuyen al hospedage y á la amistad con el padre aquella demostracion de Filipo. Despues de la muerte de este á ninguno de cuantos quedaron al lado de Alejandro aparecia inferior ni en prudencia ni en lealtad; y aunque no tenia otro título que el de Gefe de los amanuenses, estaba en igual honor que los mas amigos y allegados: tanto que fue enviado á la India con un ejército de único General, y se le dió el mando de la caballería que antes tenia Perdicas, cuando este, muerto Hefestion, ocupó su lugar y mando. Por lo mismo cuando el escudero mayor Neoptolemo dijo despues de la muerte de Alejandro, que él le seguia llevando el escudo y la lanza, y Eumenes llevando el punzon y las tabletas, se le burlaron los Macedonios, por saber que Eumenes, ademas de otras distinciones, habia merecido al Rey la de hacerle su deudo por medio de un enlace. Porque habiendo sido Barsine, hija de Artabazo, la primera á quien amó en el Asia, y de la que tuvo un hijo llamado Hércules, de las hermanas de esta, á Atama la casó con Tolomeo, y á la otra Barsine con Eumenes, cuando hizo aquel reparto de las Persianas, y las colocó con sus amigos.

Con todo tuvo altercados en muchas ocasiones con Alejandro, y corrió peligro á causa de Hefestion. En primer lugar repartió este á Ebio el flautista una casa, de la que para Eumenes habian antes tomado posesion sus criados; é irritándose con este motivo Eumenes contra Alejandro, exclamó, llevando en su compañía á Mentor, que mas valia ser flautista ó farsante, arrojando las armas de la mano; de resulta de lo cual Alejandro tomó parte en el enfado de Eumenes, y reprendió á Hefestion. Mas arrepintiósse muy luego, y volvió su enojo contra Eumenes, por parecerle que mas bien que libre con Hefestion, habia andado descomedido con él. Envió despues á Nearco con una expedicion al mar exterior, para lo que pidió caudales á sus amigos, por no haberlos en el erario real. A Eumenes le pidió trescientos talentos; pero como no le diese mas que ciento, y aun estos de mala gana, y diciendo que con trabajo los habia recogido de sus administradores, no se mostró ofendido, ni los recibió; pero reservadamente dió orden á algunos de su familia de que pusieran fuego á la tienda de Eumenes, con el designio de cogerlo en mentira al tiempo de hacer la traslacion de su dinero. Ardió la tienda antes de tiempo, con sentimiento de Alejandro, por haberse quemado los escritos de secretaría; pero el oro y plata fundido por el fuego se halló que pasaba de mil talentos. No tomó nada sin embargo; y antes escribiendo á todos los Sátrapas y generales para que le enviaran copias de los originales que se habian perdido, mandó á Eumenes que los recogiese. En otra ocasion tuvo con Hefestion contienda por cierto presente, en la que dijo y oyó muchos denuestos; y no por eso recibió entonces menos; pero habiendo muerto Hefestion de alli á poco, el Rey, que lo sintió mucho, se mostraba desabrido y grave con todos aquellos que le parecia haber mirado

con envidia á Hefestion mientras vivió, y habese alegrado de su muerte; entre los cuales era de Eumenes de quien tenia mayores sospechas, y muchas veces recordaba aquellas contiendas y reprehensioes; mas este, que era astuto y habil, trató de salvarse por aquel mismo lado por donde era ofendido: porque se acogió al zelo y empeño con que Alejandro queria honrar á Hefestion, proponiendo aquellos honores que mas habian de ensalzar al difunto y gastando de su dinero en la construccion del monumento con profusion y largueza.

Muerto Alejandro, como las tropas no quisiesen obedecer á sus validos, Eumenes en su ánimo favorecia á estos; pero de palabra se mostraba indiferente entre unos y otros, porque siendo extrangero no le correspondia mezclarse en las disputas de los Macedonios; mas luego cuando los demas favoritos se fueron de Babilonia, habiéndose él quedado en la ciudad, aplacó á una gran parte de la infantería, y la hizo mas docil para la reconciliacion. Aviniéronse despues entre sí los generales, sosegadas que fueron aquellas primeras discordias; y repartiéndose las Satrapías y Comandancias, á Eumenes le tocaron la Capadocia, y la Paflagonia por donde confinaba con el mar Póntico hasta Trapezunte, que todavía no pertenecia á los Macedonios, reinando Ariarates en aquella region: por tanto era necesario que Leonato y Antígono acompañasen á Eumenes con poderosas fuerzas para darle á reconocer por Sátrapa de ella. Como Antígono, que pensaba ya en bandearse por sí, y miraba con desprecio á los demas, no se prestase á ejecutar las órdenes de Perdicas, Leonato bajó con Eumenes á la Frigia, tomando á su cargo aquella expedicion; pero habiéndose unido con él Hecateo, tirano de los Cardianos, y rogándole que auxiliase con preferencia á Antipatro, y á los que se hallaban sitiados en Lamia, se decidió á

est marcha, llamando á Eumenes, á quien reconcili con Hecateo: porque habia entre ellos ciertos rezos, nacidos de disensiones políticas; y Eumenes en muchas ocasiones habia acusado abiertamente la rania de Hecateo, excitando á Alejandro á que diera la libertad á los Cardianos. Por tanto repugnanó Eumenes aquella expedicion contra los Griegos, y confesando que rezelaba de Antipatro, no fuer que en obsequio de Hecateo, y aun por satisfacer su odio propio, le quitara la vida, Leonato usó con él de confianza, y nada le ocultó de quanto meditaba: revelándole, que el auxilio aquel á que parecia prestarse, no era mas que apariencia y pretexto, siendo su designio apoderarse inmediatamente que llegara de la Macedonia; y aun le mostró algunos cartas de Cleopatra que le llamaba á Pela, al precer para casarse con él; pero Eumenes, ó por temor de Antipatro, ó por desconfianza de Leonato, que era arrebatado y se gobernaba por ímpetus precipitados, movió de noche el campo, llevándose quanto le pertenecía, que eran trescientos hombres de caballería, doscientos jóvenes de los de su familia armados, y en oro reducido á la cuenta de la plata hasta cinco mil talentos. De este modo huyó en busca de Perdicas, á quien participó los intentos de Leonato, y con quien gozó desde luego de mucho poder, habiéndole este hecho de su consejo. De allí á poco volvió á marchar á la Capadocia con bastantes fuerzas, acompañándole el mismo Perdicas, que en persona iba acaudillándolas; y habiendo sido tomado cautivo Ariarates, y rendídose toda la provincia, fue en ella reconocido por Sátrapa. Puso pues las ciudades en manos de sus amigos; estableció gobernadores en las fortalezas, y nombró los jueces y procuradores que le pareció, sin que Perdicas se mezclara en ninguno de estos negocios; hecho lo cual se restituyó en su compañía, ya por mostrársele

agradecido, y ya tambien porque no queria dejar la corte.

Estaba confiado Perdicas en que podria por sí mismo poner en ejecucion sus planes; pero entendiendo que para tener guardadas las espaldas necesitaba de un centinela activo y de fidelidad, despachó de la Cilicia á Eumenes, en la apariencia, á su satrapía; pero en realidad para tener á raya á la Armenia, que confinaba con sus estados, y en la que andaba promoviendo sediciones Neoptolemo. A este, aunque era de genio orgulloso y altanero, procuró atraerle Eumenes por medio de amistosas conferencias; y él en tanto, hallando inquieta é insolente á la falange Macedonia, dispuso prepararle como rival una fuerza de caballería; para lo cual concedió á los naturales que podian servir en esta arma, exencion de pechos y tributos; y entre estos á aquellos de quienes vió podria fiarse, les repartió caballos que compró á su costa: alentando sus ánimos con honores y distinciones, y haciendo sus cuerpos al trabajo por medio del ejercicio y las evoluciones: tanto que de los Macedonios unos se quedaron asombrados y otros cobraron ánimo, viendo que en tan corto tiempo habia reunido bajo sus órdenes una tropa de caballería, que no bajaría de seis mil trescientos hombres.

Mas adelante cuando Cratero y Antipatro, despues de sojuzgados los Griegos, pasaron al Asia con designio de disipar el poder de Perdicas, y se dijo que primero invadirian la Capadocia, Perdicas, que estaba haciendo la guerra á Tolomeo, nombró á Eumenes General en jefe de todas las tropas de la Armenia y la Capadocia; y al mismo tiempo dirigió cartas, en que mandaba que Alquetas y Neoptolemo estuvieran á las órdenes de Eumenes, y que este se condujera en los negocios como viera que convenia; pero Alquetas desde luego se negó á concurrir por

su parte, diciendo que los Macedonios que militaban bajo su mando contra Antipatro, se avergonzaban de pelear, y á Cratero aun estaban dispuestos á recibirlo con la mejor voluntad. Por lo que hace á Neoptolemo no se le ocultó á Eumenes que le estaba fraguando una traicion: llamóle pues, y en lugar de obedecer se dispuso á combate. Entonces por la primera vez sacó Eumenes fruto de su prevision y sus aprestos: porque vencida ya su infantería, rechazó con la caballería á Neoptolemo, tomándole todo su bagage; y cargando con fuerza sobre las tropas enemigas, dispersas con motivo de seguir el alcance, las obligó á rendir las armas, y á que prestado nuevo juramento, sirvieran con él. Neoptolemo pues recogiendo de la fuga unos cuantos, se fue á amparar de Cratero y Antipatro; de parte de los cuales se habia ya enviado una embajada á Eumenes, proponiéndole que se pasara á su partido, y recogería el fruto, no solo de conservar las Satrapías que ya tenia, sino de recibir además de ellos mas estados y tropas, haciéndose amigo de Antipatro, de enemigo que antes era, y no convirtiéndose de amigo en contrario de Cratero. Oida la embajada, respondió Eumenes, que siendo antiguo enemigo de Antipatro no se haría ahora su amigo, y mas cuando veía que él no hacia diferencia entre unos y otros; y en cuanto á Cratero estaba pronto á reconciliarle con Perdicas, y á que se avinieran á lo justo y equitativo; pero que si empezaba á ofenderle, estaria por él agraviado mientras tuviese aliento, y antes perderia su persona y su vida que faltar á su lealtad.

Recibida por Antipatro esta respuesta, pusieronse á deliberar sobre sus negocios muy despacio: y llegando á este tiempo Neoptolemo en consecuencia de su retirada, les dió cuenta de la batalla, requiriéndolos, sobre que le diesen ayuda, con encarecimiento á entrambos; pero sobre todo á Cratero: di-

ciendo que era muy deseado de los Macedonios, y que con solo ver su sombrero ú oír su voz, corriendo se pasarían á él con las armas. Porque en verdad era grande la reputacion de Cratero, y muchos los que anhelaban por él despues de la muerte de Alejandro, trayendo á la memoria que repetidas veces á causa de ellos habia sufrido de este notables desvios; oponiéndosele al verle inclinado á imitar el fasto Persiano, y defendiendo las costumbres patrias, que por el lujo y el orgullo eran ya miradas con desdeno. Entonces pues Cratero envió á Antipatro á la Cilicia, y él tomando la mayor parte de las fuerzas, marchó con Neoptolemo contra Eumenes, creyendo cogerle desprevenido, en momentos en que sus tropas estarian entregadas al desorden y á la embriaguez, acabando de conseguir una victoria. El que Eumenes hubiese previsto su venida, y se hubiera apercebido, podria decirse que era mas bien efecto de un mando vigilante, que no de una pericia suma; pero el haber no solamente evitado que los enemigos entendieran que era en lo que él flaqueaba, sino haber hecho tomar las armas contra Cratero á los que con él militaban, sin saber contra quién contendian, ni dejarles conocer quién era el General contrario; tal ardid parece que exclusivamente fue propio de este General. Hizo pues correr la voz de que volvía Neoptolemo, y con él Pigris, trayendo soldados de á caballo Capadocios y Paflagonios. Era su intento mover de noche; y en la que habia de ejecutarlo, cogiéndole el sueño, tuvo una vision extraña. Parecióle ver dos Alejandros que se disponian á hacerse mutuamente la guerra, mandando cada uno un ejército; y que despues se aparecieron Minerva para auxiliar al uno, y Ceres para auxiliar al otro. Trabóse un recio combate; y habiendo sido vencido el favorecido de Minerva, Ceres cortando unas espigas, tejió una corona al vencedor. Por aquí infirió que el

sueño se dirigía á él, pues que peleaba por el mas delicioso pais, en el que se veía mucha espiga que apuntaba del cáliz: porque todo estaba sembrado; y ofrecia el aspecto propio de la paz, estando de una y otra parte muy vistosos los campos con aquella verde cabellera. Aseguróle todavía mas el saber que la seña de los enemigos era Minerva y Alejandro; y él dió tambien por seña Ceres y Alejandro, mandando que todos tomasen espigas, y con ellas cubriesen y coronasen las armas. Muchas veces estuvo para descubrir y anunciar á los demas Gefes y caudillos quien era aquel con quien iban á pelear, no siendo él solo depositario de un arcano que tanto convenia guardar y encubrir; pero al cabo se atuvo á su primer discurso, y no confió aquel peligro á otro juicio que el suyo.

No puso al frente de Cratero á ninguno de los Macedonios, sino dos cuerpos de caballería extranjería mandados por Farsabazo hijo de Artabazo, y por Fénix Tenedio, á quienes dió la orden de que en viendo á los enemigos les acometieran, y vinieran con ellos á las manos con toda presteza, sin darles tiempo alguno, y sin admitirles parlamentario: porque temia en gran manera á los Macedonios no fuese que conociendo á Cratero desertaran y se pasaran á él. Por su parte formando un escuadron con los mas esforzados, tambien de caballería, en número de trescientos, y colocándose á la derecha, se dispuso á combatir contra Neoptolemo. Luego que pasada una loma que habia en medio, los descubrieron, como cargasen con mucha velocidad y extraordinario ímpetu, sorprendido Cratero, se quejó amargamente con Neoptolemo por haberle engañado acerca de pasársele los Macedonios; y exhortando á los caudillos que le asistian á portarse con valor, acometió igualmente contra los enemigos. Habiendo sido sumamente violento este primer choque, y quebrá-

dose las lanzas, con lo que se hubo de venir á las espadas, Cratero no hizo afrenta á la memoria de Alejandro, sino que derribó á gran número de enemigos, y rechazó muchas veces á los que se le oponian; pero herido al fin por un Tracio, que le acometió de costado, cayó del caballo. Estando en tierra muchos pasaron de largo sin reparar en él; pero Gorgias, uno de los caudillos de Eumenes, le conoció, y apeándose, le puso guardia por verle muy mal parado y casi moribundo. En esto tambien Neoptolemo trabó combate con Eumenes; porque aborreciéndose mutuamente de antiguo, y ardiendo en ira, en dos encuentros no se habian visto; pero al tercero se conocieron, y se vinieron al punto el uno para el otro, metiendo mano á las espadas y alzando grande vocería. Habiéndose encontrado los caballos con la mayor violencia, al modo de galeras, dejaron caer ambos las riendas, y se asieron con las manos, quitándose los yelmos, y pugnando por desatar de los hombros las corazas. Mientras así bregaban, huyeron el cuerpo los dos caballos y ellos vinieron á tierra agarrados como estaban, y empezaron otra lucha; en la cual Eumenes partió á Neoptolemo una pierna al irse á levantar el primero, y se apresuró á ponerse en pie; mas Neoptolemo, apoyándose en la una rodilla perdida la otra, se defendía valerosamente, hiriendo de abajo para arriba; pero sus golpes no eran mortales, y herido en el cuello, cayó desfallecido. Eumenes, llevado de la ira y de su antiguo odio, se puso á quitarle las armas y á decirle injurias, y él, que todavía tenia la espada en la mano, sin que aquel lo percibiera le hirió por debajo de la coraza por la parte que toca á la ingle; pero la herida mas fue para asustar que para ofender á Eumenes, habiendo sido muy leve por la falta de fuerza. Despojó pues el cadáver, y aunque se sintió en mal estado por sus heridas, teniendo pasados los muslos y los bra-

zos, montó sin embargo á caballo, y dió á correr á la otra ala, creyendo que todavía se sostenian los enemigos; mas enterado de la muerte de Cratero, pasó al sitio donde yacia, y hallándole con aliento y en su acuerdo, echó pie á tierra, y prorumpiendo en lágrimas, dijo mil imprecaciones contra Neoptolemo, y se lamentó, tanto de la desgracia de Cratero, como de la precision en que á él se le habia puesto de tener que sufrir y ejecutar tales cosas con un amigo y compañero de su mayor amor y confianza.

Ganó esta batalla Eumenes unos diez dias despues de la primera, resultándole de ella la mayor gloria, al ver que en sus hazañas tenian igual parte la prudencia y el valor; pero atrajóle al mismo tiempo igual envidia y odio de parte de los aliados que de parte de los enemigos, por quanto un advenedizo y un extranjero con las manos y las armas de los mismos Macedonios los habia privado del primero y mas aventajado entre ellos. Y si Perdicas con noticia de la muerte de Cratero hubiera podido adelantarse, ninguno otro hubiera ocupado el lugar preeminente entre los Macedonios; pero ahora muerto Perdicas, con motivo de una sedicion en el Egipto dos dias antes, habia llegado al campamento la nueva de esta batalla; é irritados con ella los Macedonios habian decretado la muerte de Eumenes, nombrando en caudillo de la guerra contra él á Antígono juntamente con Antipatro. En este tiempo, llegando Eumenes á las dehesas donde pacían los caballos de Alejandro, tomó los que habia menester; y como cuidase de enviar recibo á los encargados, se cuenta que Antipatro se puso á reir, diciendo ser admirable la prevision de Eumenes, que esperaba ó darles á ellos cuenta de los intereses del Rey, ó haber de tomarla. Era el ánimo de Eumenes, siendo superior en caballería, darles batalla en las llanuras

de Sardis, mirando ademas con complacencia poder hacer al mismo tiempo ante Cleopatra alarde de sus fuerzas; pero á petición de esta, que temia excitar sospechas en el ánimo de Antipatro, pasó á la Frigia superior, é inverno en Celainas; donde queriendo competir con él sobre el mando Alcetas, Polemon y Docimo, esto es, les dijo, lo del proverbio: *con el fin nadie cuenta*. Habiendo prometido á los soldados que dentro de tres dias les daria el prest, puso en venta las quintas y castillos de aquella region, llenos de gentes y ganados. El General de division ó Comandante de tropa extranjera que habia sido comprador de alguno, recibia de Eumenes las máquinas y demas instrumentos necesarios, y tomándolo por sitio, los soldados se repartian la presa en pago de lo que se les debia. Con esto volvió Eumenes á adquirir estimacion; y habiendo aparecido en el campamento diferentes bandos que habian hecho arrojar los generales de los enemigos, por los cuales se ofrecian honores y cien talentos al que diera muerte á Eumenes, se indignaron terriblemente los Macedonios, é hicieron acuerdo sobre que mil de los principales formaran su guardia, custodiándole siempre asi de dia como de noche. Obedecíanle pues, y tenían placer en recibir de él los mismos honores que de los Reyes: porque consideraban á Eumenes con facultad de regalarles sombreros de diversos colores y mantos de púrpura, que era el presente mas regio para los Macedonios.

La prosperidad hincha y ensoberbece aun á los de ánimo mas pequeño: tanto que al verlos en medio de sus faustos sucesos parece que realmente estan dotados de grandeza y gravedad; pero el hombre verdaderamente magnánimo y fuerte donde se ve, y resplandece principalmente es en la adversidad; y en los reveses, como Eumenes: porque vencido de Antígono por una traicion en Orcinios de Capadocia,

y siendo de este perseguido, no dió lugar á que el traidor se refugiara á los enemigos, sino que echándole mano, le ahorcó; y huyendo por el camino opuesto de los que le perseguían, le torció sin que estos lo entendiesen; y dando un rodeo, llegado que fue al sitio donde se dió la batalla, acampó en él, recogió los cadáveres, y con las puertas de las casas de las aldeas vecinas que hizo traer, quemó con separacion á los caudillos, y con separacion á las tropas; y habiéndoles hecho sus cementerios, se retiró: de manera que habiendo ido despues allá Antígono, no pudo menos de maravillarse de su arrojo y su serenidad. Cayó despues sobre el bagage de Antígono, y estando en su mano tomar muchas personas libres, muchos esclavos, y gran riqueza amontonada de tantas guerras y tan cuantiosos despojos, temió que sus soldados cargados con tanto botin y tanta presa se hicieran demasiado pesados para la fuga, y muy delicados para llevar las continuas marchas, y aguantar la dilacion y el tiempo, que era en el que principalmente ponía la esperanza de aquella guerra, pensando en cansar y fatigar á Antígono. Mas conociendo la dificultad de apartar á los Macedonios por medio de una orden directa de una riqueza que podian contar por suya, mandó que tomaran ellos alimento y dieran pienso á los caballos, y en seguida marcharan contra los enemigos. En tanto envió secretamente quien á Menandro, Gefe encargado del bagage de los enemigos, le advirtiese de su parte, como si se interesara por él convertido en su amigo y deudo, de que estuviese apercebido y se retirara cuanto antes de aquellas llanuras y lugares bajos á la falda de los montes vecinos inaccesibles á la caballería, y poco propia para las sorpresas. Notó Menandro inmediatamente el peligro, y partió de allí: y Eumenes entonces á presencia de todos envió descubridores, dando ya la orden á los soldados de que se ar-

masen y pusieran los frenos á los caballos como para acometer inmediatamente á los enemigos; pero trayéndole los descubridores noticia de que Menandro se habia puesto en plena seguridad con haberse retirado á lugares ásperos, fingiendo que se enfadaba, marchó de allí con sus tropas. Dicese que dando parte Menandro á Antígono de esta ocurrencia, como los Macedonios alabasen á Eumenes, y se mostrasen más benignos con él, porque siéndole fácil cautivar á sus hijos, y afrentar á sus mugeres, se habia ido á la mano, y teniéndoles consideracion, replicó Antígono: "No lo ha hecho por amor á nosotros, ó simples; sino por temor de que estas riquezas fuesen grillos para su fuga."

Andando pues Eumenes fugitivo y errante, persuadió á muchos de sus soldados que se retirasen, bien fuera por compasion que les tuviese, ó bien por que no quisiera llevar consigo menos de los que eran menester para pelear, y más de los que convenian para no ser descubierto. Refugiándose pues á la fortaleza de Nora, puesta en el confin de la Licaonia y la Capadocia, con quinientos caballos y doscientos infantes, otra vez despidió de allí á aquellos de sus amigos que se lo habian rogado, por no poder sufrir la aspereza del país y la escasez de víveres, saludándolos á todos y tratándolos con la mayor afabilidad. Sobrevino Antígono, y como le llamase á una conferencia antes de llegar al extremo de ponerle sitio, respondió que Antígono tenia muchos amigos y muchos caudillos que le relevasen; pero si él faltaba, no les quedaba nadie á los que habia tomado bajo su amparo, proponiéndole que le enviara rehenes si tenia por conveniente el que conferenciasen; y como insistiese Antígono en que fuera á hablarle por ser superior, repuso que él no reconocia como superior á ninguno mientras fuera dueño de su espada. Con todo, habiéndole Antígono enviado

á la fortaleza á su sobrino Tolomeo, como el mismo Eumenes lo habia exigido, entonces bajó, y abrazándose se saludaron con amor y cariño, obsequiándose entre sí, y tratándose como amigos. Hablaron largamente; y no habiendo Eumenes ni siquiera hecho mencion de seguridad y de paz, y antes sí pedido que se le sanearan sus satrapías, y se le hiciesen presentes; todos los que allí se hallaban se quedaron pasmados, no acertando á ponderar su resolucion y osadía. Al mismo tiempo corrieron muchos de los Macedonios con el deseo de ver qué hombre era Eumenes: porque despues de la muerte de Cratero de ninguno se hablaba tanto en el ejército. Llegando pues Antígono á temer por él no se le hiciera alguna violencia, primero hizo publicar que nadie se le acercase, y aun ahuyentó con piedras á los que concurrían: al fin cogió entre sus brazos á Eumenes, y haciendo que sus guardias retirasen á la muchedumbre, con gran trabajo pudo ponerle en seguridad.

Levantó en seguida trincheras contra Nora, y dejando la fuerza correspondiente se retiró. Sitiado Eumenes guardaba aquel recinto; dentro del cual tenia trigo en abundancia, agua y sal; pero fuera de esto ningun otro comestible, ni con que condimentarle. Mas á pesar de todo aun hizo alegre la vida á los que le acompañaban, teniéndolos por días á su mesa, y sazonando la comida con una conversacion y afabilidad llena de gracia. Su semblante era tambien dulce y en nada parecido al de un guerrero agoviado con las armas, sino alegre y risueño; y en fin en todo su cuerpo se mostraba erguido y alentado, pareciendo que con cierto arte guardaban entre sí una admirable simetria todos los miembros. No era elegante en el decir; pero sí gracioso y persuasivo, como se puede colegir de sus cartas. Lo que mas mortificaba á los que tenia consigo era la angostura á que estaban reducidos, siéndoles preciso vivir api-

ñados en casas muy pequeñas, y en un recinto que no tenia mas que dos estadios de circunferencia, y tomar el alimento sin ningun egercicio, manteniendo tambien ociosos á los caballos. Queriendo pues no solo librarlos del fastidio que en la inaccion los consumia, sino tenerlos ejercitados para la fuga, si acaso llegaba el tiempo, á los hombres les señaló para paseo el edificio mas capaz de todo aquel terreno, que sin embargo no tenia mas que catorce codos de largo, encargándoles que fueran por grados aligerando el paso. A los caballos los hizo atar al techo con recias sogas que pasando por el arranque del cuello los tenian en el aire, levantándolos mas ó menos por medio de una polea: púsolos pues de modo que con los pies traseros se apoyaban en el suelo; pero con los delanteros cuanto tocaban en él con la puntita del casco. Soliviados en esta disposicion, los mozos de cuadra los hostigaban con gritos y latigazos; con lo que llenos de ardor y de ira, se levantaban y agitaban sobre los pies; y para sentar en firme las manos y pisar el pavimento tenian que poner en contorsion todo el cuerpo, costándoles semejante esfuerzo mucho sudor y no pocos bufidos; y sirviéndoles este ejercicio de gran provecho, así para la agilidad como para la fuerza y lozanía. Echábanles la cebada majada, para que la mascaran mas fácilmente, y la cocieran mejor.

Prolongábase demasiado el sitio; y como tuviese noticia Antígono de haber muerto Antípatro en Macedonia, y de estar todo revuelto á causa de las disensiones de Casandro y Polipercon, no limitó ya á poco sus esperanzas; sino que en su ánimo se propuso aspirar á la universalidad del mando, bien que contando con tener á Eumenes por amigo y por auxiliador de sus empresas. Para ello envió á Gerónimo á tratar con Eumenes, remitiendo extendida la fórmula del juramento; pero este la corrigió, y dejó